

un derecho generalmente reconocido, respetando el derecho ajeno. Este aspira á la paz, el otro se mantiene de continuo pronto al ataque; no se funda sobre las conciencias; no se pone bajo las custodia de Dios. Ocupándose en sucesiones, en lazos de familia, dió al derecho público las formas del derecho civil, hizo de los diplomáticos una especie de abogados y costó tantas guerras como las que se querían evitar con su observancia.

Aquella tradicion de costumbre que donde quiera precede á la ley positiva en el derecho civil, en el derecho público y en el derecho de gentes, habia servido hasta entonces de norma, estableciendo usos arbitrarios y bárbaros amenudo; pero allí estaba la religion para corregirlos, y colocaba un poder moral en contrapeso del poder material. Una vez rota la unidad obligó la oposicion de interés á solicitar su conciliacion mútua, y los principios jurídicos fueron aplicados á las relaciones entre los estados, para constituir un derecho de gentes convencional por este medio.

Habiendo llegado á ser un poder, los doctos se ingeniaron en hallarle una base en la erudicion, más bien que en las circunstancias particulares del tiempo y en la historia. No por eso dejó de ser baldon violar las leyes que habian proclamado. Sin embargo, tambien se hizo racional esta ciencia, y hasta se identificó con el derecho natural bajo la pluma de los revolucionarios ingleses y despues bajo la de los filósofos del siglo XVIII, que proclamaron la soberanía de las masas.

Despues de haber descrito esta época, preguntaremos, ¿qué injusticias previno este sistema de equilibrio tan ponderado? ¿Qué idea útil ó venturosa ha legado á la posteridad? Por el contrario, le veremos derrocado completamente y restablecido por las armas. Basta para extinguirlo la aparicion de un grande hombre como Carlos XII, Federico II ó Napoleon. Y es que no se toma en cuenta para nada el movimiento natural de las naciones ni sus progresos, y que la armonía descansó sobre las armas y sobre el antagonismo hasta el extremo de inventarse la paz armada. Si se cometió por alguna nacion una injusticia, se creyeron las demas obligadas á imitarla, á fin de no descomponer el equilibrio; alternativamente se invoca-

ron ó violaron los principios del derecho de gentes, segun el interés, y con tanta más ignominia cuanto más altamente se habian proclamado. Ea el momento en que los filósofos predicaban con más elevado tono la soberanía del pueblo, consumaron los reyes en plena paz la distribucion de un reino; ejemplo de una violacion fragante del derecho de gentes, que fué seguido de otras muchas.

Esto fué consecuencia inevitable de semejante sistema. Si no apareció inmediatamente tal resultado, es menester atribuirlo á la opinion, cuyo poder se aumentaba de dia en dia, y á la razon que se emancipaba de continuo é impedia á la fuerza dominar en el derecho público é internacional por sí sola.

CAPITULO II

Francia, Luis XIII y Richelieu.

A la muerte de Enrique IV, acaecida tan oportunamente para sus enemigos exteriores que se tuvo por obra de ellos, mostróse María de Médicis tan afligida como pudo. La espada del duque de Epernon hizo que se proclamara regente. Su hijo Luis XIII apenas habia cumplido nueve años, y la reina pudo destruir todo lo que habia preparado su esposo. Enrique habia mirado con ojos recelosos el favor que ella otorgaba al florentino Concini Concini, y María hizo que se casara con Leonor Galigai, su hermana de leche, é íntima confidenta. Fué Enrique enemigo formidable para España, y María ofreció la paz á esta potencia, celebrando las dobles bodas del jóven rey con la hija de Felipe III, y de su hermana con el príncipe de Asturias; Enrique otorgó toda su confianza á Sully, y María le forzó, por decirlo así, á retirarse. El leal ministro vivió apartado de los negocios hasta 1641, consagrando sus ocios á escribir sus memorias.

Hallándose hostigada la Francia en lo interior por el partido feudal y la faccion protestante, opuestos ambos á la centralizacion parisiense y á la monarquía, quizá la regente no veía otro apoyo para la unidad política que la unidad católica. En efecto, codiciosos de dominacion y de riqueza los príncipes de la sangre, renovaron los disturbios que habia reprimido Enrique IV, empenándose en intrigas sin ele-

vacion ninguna, y hasta careciendo de la energía del delito. Acudian los principales facciosos en solicitud de recompensas, de feudos, de gobiernos, de fracciones de autoridad, deseosos de volver á trabajar en la obra consumada bajo la segunda raza, y de sustituir la herencia de los gobiernos á la de los grandes feudos. Pero sin ardor brutal por enriquecerse, les impidió llegar á la grandeza política; y María, mujer tan mediana de espíritu como de corazón, los acogió con la sonrisa en los labios, cuando tenía hiel en el alma, y satisfizo sus exigencias. Apaciguólos prodigándoles para el *bien público* enormes sumas.

La asamblea de los Estados, reclamada por los descontentos, es decir, por los ambiciosos, y reunida pocos días despues de la mayoría del rey (Octubre de 1614), gastó el tiempo en bellos discursos, en cumplimientos y en discusiones insustanciales. Embarazó toda medida útil, la rivalidad entre las tres órdenes hábilmente fomentada por Concini. Habiendo dicho á la nobleza reunida en cámara el lugar-teniente civil á la cabeza de una diputacion del tercer Estado: *Trataos como vuestros segundones y os honraremos y amaremos*, al dia siguiente el señor de Seannecey, presidente de la nobleza, fué á quejarse al rey con estas palabras: «Señor, el tercer Estado que ocupa el lugar postrero, olvidando todos sus deberes, se quiere comparar á nosotros. Vergüenza me causa decirnos en qué términos nos han ultrajado; compara vuestro Estado á una familia compuesta de tres hermanos, dice que el orden eclesiástico es el primogénito, el nuestro el que le sigue, y que despues va el de ellos. En miserable condicion hemos caido si así sucede. Y qué, tantos servicios prestados desde tiempo inmemorial, tantos honores y dignidades como se han trasmitido hereditariamente á la nobleza, ¿la habrán rebajado, lejos de sublimarla, hasta el punto de hallarse con el vulgo en la más ítima especie de sociedad que existe entre los hombres, cual es la de la fraternidad? Pronunciad, señor, el fallo, y por una declaracion esencialmente justa, hacedla entrar en sus deberes y reconocer lo que somos y la diferencia que hay entre nosotros y ellos.»

Véase hasta dónde subía el orgullo de la nobleza. A esto siguieron discursos, escritos, un

diluvio de palabras, sin que el pueblo ganara otra cosa que pagar á los diputados. Despues se separaron los Estados para no reunirse hasta 1789, y con ideas bien distintas.

Se confirmó á la reina madre la administracion del Estado; bien hubiese querido ser despota, pero no sabia reinar sola. Tan constante en sus afectos como implacable en sus venganzas, se puso completamente á devocion de Concini. Este extranjero compró la mariscalía de Ancre en Picardía, se hizo conferir muchos gobiernos, y el consejo privado que celebraba de noche con la reina, hacia mucho más que el consejo de Estado. De consiguiente, se encontró blanco del odio de todos, representado como un ambicioso de baja estofa; ascendió á mariscal sin haber empuñado las armas, ministro sin conocer las leyes del reino, y que habia disipado los cuarenta millones allegados por Enrique IV. Pero en realidad sostuvo poderosamente á María en su lucha contra los príncipes de la sangre y los grandes feudatarios. Hízola comprender que, no pudiendo lanzarse á la guerra contra el Austria, necesitaba captarse el afecto de esta potencia; que no pudiendo expulsar á los protestantes, convenia debilitarlos; que no pudiendo matar á los grandes, era menester que se les acariciara. Pero los nobles no podian tolerar á un hombre tan hábil, que, hijo de sus obras, y elevado por su mérito, no por su nobleza, jamás se habia batido en duelo. Les chocaba verse rechazados á las puertas, donde tenía la Galigai entrada libre, y en su consecuencia se sublevaron y se unieron á los protestantes; liga absurda del feudalismo con la reforma. Su intento era apoderarse de Luis XIII, que á la sazón habia ido á casarse con Ana de Austria, viéndose obligado á llevarla á Paris al frente de su ejército, y por medio del fuego de los arcabuces de los rebeldes.

En vez de batalla contra ellos, Concini fué de opinion de que se tratara con el príncipe de Condé, su caudillo (1615); de que se les distribuyeran gobiernos, pensiones, recompensas, haciendo que declarase el rey que por el bien público habia empuñado las armas.

Envalentonado Condé por la victoria, ajeno á la grande ambicion, se dirigió á la córte con el proyecto de eclipsar, y aun quizá de destruir al rey; pero fué preso. Este golpe de auto-

ridad prendió fuego á la mina. Descontentos los príncipes, empuñaron las armas; otro tanto hizo la regente, y Concini ofreció mantener á su costa siete mil soldados. Convertido en señor y soberano, escogió un nuevo ministerio, en que entró el obispo de Luzon, Armando Juan de Plessis, que bajo el nombre de Richelieu, debía hacerse más tarde famoso, prosiguiendo una tarea bajo la cual sucumbió Concini.

María de Médicis y su favorito habían colocado cerca del rey á un joven paje aragonés, llamado Alberto de Luynes, con la esperanza de hacerle instrumento favorable á la influencia de ellos. Habiéndose granjeado el favor de Luis XIII con halagar su prolongada infancia, le comunicaba los pasquines que aparecían contra la reina madre, le inspiraba pérfidas sospechas, y el temor de que rodeada de hechiceros y de envenadores italianos, pensara en administrarle mortal breva. Por último, le sugirió la idea de desembarazarse del mariscal de Ancre y de mostrarse realmente soberano.

Luis prestó oído á sus consejos. Concini fué asesinado, y su cadáver arrastrado ignominiosamente en las calles por el pueblo. Vitry, su asesino, recibió en recompensa el baston de mariscal, como lo había recibido Themines por haber arrestado al príncipe de Condé. Los despojos de Concini, á quien se hallaron encima unos dos millones de billetes, y en su casa otra tanta plata, fueron entregados á Luynes, que figuró como soberano de Francia, donde el triunfo de la aristocracia sobre el pueblo y sobre el monarca excitaba una ciega alegría. Intentóse un proceso todavía más vil que absurdo contra la mariscal de Ancre, acusada de haber llamado á Francia á los judíos, á magícos y astrólogos, de haber hecho talismanes, símbolos y hechicerías; de haber empleado para medicamentos sangre de pichon y de gallo, de haber mandado que exorcisaran á la reina frailes italianos, y de haberla avasallado con ayuda de filtros. El filtro, respondió ella, es el ascendiente que todo espíritu superior adquiere sobre un espíritu débil; y sostuvo con dignidad estas inculpaciones ridículas, á que siguió una muerte ignominiosa.

La reina madre fué confinada al castillo de Blois, y Richelieu á Aviñon, donde escribió so-

bre teología. Luynes tomó á pechos abatir el elemento hugonote y el elemento municipal, como hizo respecto del partido feudal Concini; pero muy pronto se ocupó con preferencia en enriquecerse así como en enriquecer á sus hermanos por medio de empleos, de pensiones, de matrimonios. Se le creó duque y par, y nada se hizo sin su consentimiento, lo cual produjo nuevas desavenencias; María recuperó su libertad, y estuvo á punto de estallar la guerra civil. Luynes, que ignoraba lo que pesaba una espada, fué nombrado condestable; pero se vió obligado á recurrir á Richelieu, que restableció la paz y persuadió á María de Médicis á retirarse aguardando tiempos mejores.

Aspiró Luynes á crearse un apoyo restituyendo la libertad al príncipe de Condé, quien permaneció fiel al rey desde entonces; pero este acto y la insolencia del favorito, suscitaban disensiones. María de Médicis que las fomentaba, se vió obligada á ceder á la fuerza de las armas; muchos señores vieron confiscados sus bienes, y se prometió el capelo de cardenal á Richelieu que había sabido hacerse necesario.

Ménos fácil fué apaciguar las guerras que habían hecho renacer motivos religiosos en apariencia y políticos en el fondo. Desde el advenimiento de los Valois al trono, veían las provincias con disgusto reconcentrarse en París toda la vida política; y el triunfo de los pueblos en Holanda, les impulsaba á imitar su ejemplo, con la idea de que alargándoles una mano al Norte, y otra á los de Ginebra al Este, sería posible desmembrar la monarquía y formar una república federativa con sus numerosos comunes. Ya los hugonotes, á quienes el edicto de Nantes daba una especie de soberanía celebraban sus asambleas, unas veces en Montauban, otras en Castres y en la Rochela; asistían á ellas los diputados de todas las iglesias, los miembros del consistorio y los ancianos; y á menudo intervenían en sus deliberaciones enviados secretos del rey de Inglaterra, de Ginebra, de la Holanda, y de los príncipes de Alemania.

En un principio querían imitar la amplia municipalidad de Ginebra, y despues elevarse á la forma social de la Holanda, esto es, constituir una república religiosa organizándose por círculos. Cada círculo hubiera tenido una

asamblea provincial encargada de gobernar y de escoger los diputados para un consejo general. El duque de Rohan, yerno de Sully, debía representar aquí el mismo papel que el príncipe de Orange en Holanda. No se trataba, pues, solamente en las asambleas de religion y de cosas de conciencia, sino de política, de feudos, de libertad municipal, soñando siempre con la desmembración de Francia. Además, se mezclaban los hugonotes entre las facciones de la corte; el duque de Rohan, y más todavía el duque de Bouillon, estaban en acecho para aprovecharse de la primera ocasión favorable. Los reformados del Norte estaban en inteligencia con Inglaterra, los del Mediodía con España. Pero acostumbrados los caudillos á la vida de la corte ó empezando á ser viejos, se sentían poco dispuestos á volver á la vida del campamento, lo cual hacia que esta facción languideciera. El pueblo en Francia no estaba amoldado á las ideas republicanas; había sido educado en la fidelidad al rey y á la nobleza, habiendo heredado este sentimiento con la sangre y el blason de sus padres, porque hasta cuando tomaban las armas contra el soberano, era bajo pretexto de librarle de supuestas trabas á su autoridad. Por consiguiente, el espíritu monárquico del país venció al cabo.

Sin embargo, cuando ordenó el rey la reunión del Bearn (1620) á la corona, y la restitución á los católicos de los bienes ocupados por los protestantes, se insurreccionaron éstos, y á pesar de las amonestaciones de Sully y de Mornay, convocaron una asamblea en la Rochela, donde se organizaron para proclamar su independencia.

Fué menester combatirlos, y se confió á Luynes el mando de las tropas; pero el mal éxito de la campaña agravó la fiebre que le llevó al sepulcro. Los subsidios del clero y el valor de Condé repararon las primeras derrotas. De aquí resultó que el tratado de Nantes fué confirmado en Montpellier, donde se estipuló, no obstante, que todas las fortificaciones de los hugonotes fueran demolidas, á excepcion de la Rochela y de Montauban.

Otra vez en favor la reina madre á la muerte de Luynes hizo llamar á Richelieu al consejo y apartó de su seno á todo el que oponía estorbos. No tardando en mostrarse superior á

los demás ministros, dió á los negocios nuevo impulso, porque era el único que tenía una idea clara de la monarquía y de la necesidad de sustraer con ella la unidad francesa á las mezquinas ambiciones con que su integridad estaba amenazada. Luis no le amaba y decía á su madre: «No me habéis de ese hombre, es un ambicioso que se tragaria mi reino.» Pero su ambición no era ciertamente la de Luynes, ni la de Concini, de cuyo ejemplo supo sacar provecho.

De aspecto severo, noble continente, palabra clara y sin melindre, limpio y grave estilo, hábil en los grandes proyectos como en las pequeñas intrigas, con rápida concepción, espíritu resuelto y sin faltar nunca á las contemplaciones debidas, Richelieu amaba la verdadera gloria sin desdeñar los triunfos del amor propio; avasallaba todas las voluntades á la suya, sin exceptuar la del rey, aceptando el peligro de los odios que excitaba con el terror que infundía por todo el reino, y el temor que su extraordinaria superioridad inspiraba á sus compañeros, era causa de que fueran aprobadas todas sus proposiciones. Dirigía hácia un mismo fin los medios más diferentes, sabiendo seguir un pensamiento sistemático, y transigir no obstante con los hechos. A pesar de aborrecer á las dos casas de Austria, se acercó á ellas siempre que lo consideró útil para el interés supremo de destruir todo obstáculo que se opusiera á la unidad real, toda traba á los derechos del trono. Para lograrlo fué menester carecer de entrañas, y no contar las víctimas. No teniendo enfrente de su persona ni un gran nombre, sino gentes de capacidad mediocre ó la anarquía, menospreció á sus enemigos, y esto le condujo á abusar del poder. Pintóse á sí propio diciendo: «No me atrevo á hacer cosa alguna sin pensar bien en ella; pero una vez abrazado un partido, marchó en derechura á su logro; derribo, tajo, y despues lo cubro todo con mi roja vestidura.» De consiguiente, á nadie mejor que á él le convenia tener sobre su mesa de despacho á Maquiavelo al lado del breviario. Se servía de sus aliados como de instrumentos, á fin de sacrificarlos tan luego como cesaban de serle necesarios. Cuando María de Médicis hizo que fuese nombrado cardenal, Richelieu la dijo: «La púrpura que debo

á la vnevolencia de vuestra majestad, me recordará de continuo el voto que tengo hecho de verter mi sangre en su servicio.» Sin embargo, no tardó Maria en apercibirse de lo mucho que se habia engañado al creer que podia reinar con su ayuda; entonces le echó en cara aquellas expresiones, como si el agradecimiento pudiera detener á un ambicioso en el terrible camino en que está empeñado.

Para recorrerlo, para consolidar el órden interior y la nacionalidad, era menester anonadar á la aristocracia y á los calvinistas, el pasado feudal y el porvenir republicano. La última paz ni aún siquiera habia suspendido las discusiones, porque debian durar con los reformados todo el tiempo que conservaran sus prerogativas anárquicas, así militares como administrativas. En la asamblea de 1621 publicaron una declaracion de independencia, repartiendo en ocho círculos las setecientas iglesias reformadas de Francia, reglamentando las exacciones de hombres y de dinero, constituyendo, en una palabra, la república protestante. Hasta se ofrecieron cien mil escudos á Lesdiguières porque se pusiera al frente de ellos. Pero contando á la sazón ochenta años, y teniendo en el Delfinado un pequeño reino, no quiso correr las eventualidades de semejante mando.

Si Luynes habia pensado en quitar á los protestantes sus propiedades, Richelieu queria sus plazas fuertes. Habiendo, pues, ganado á Inglaterra y á Holanda, cuya amistad los sostenia, á bordo de los bajeles de estas naciones protestantes, hizo conducir los soldados para atacar la Rochela tambien protestante. Fueron batidos los hugonotes, y se les concedió la paz sin inquietarse porque le llamaran papa de los calvinistas y patriarca de los ateos, con tal de que pudiera acudir á donde le reclamaran las nuevas necesidades del reino.

Entre tanto continuaba en Alemania la guerra de treinta años. La Valtelina, pequeño país, situado entre la Lombardia, los Grisones y el Tirol, codiciado siempre por el Austria, como eslabon entre sus posesiones de Alemania y de Italia, hubiera pasado entonces de los Grisones á la España, á consecuencia de la revolucion que en otro lugar dejamos narrada, si la oposicion de Luis XII no hubiera conseguido que se diese en depósito á Urbano VII. Pero aperi-

biéndose el cardenal, aliado de los protestantes, de que España intrigaba en Roma, dirigió tropas contra el papa, «á fin de hacer á Urbano ménos incierto, y á la España más tratable,» é hizo invadir el valle por el príncipe de Rohan; luego, segun los términos del tratado de Monzon entre la Francia, la España y Roma, fué restituido á los Grisones calvinistas; tanto se habia emancipado la política de las ideas religiosas!

En seguida se reanimó la guerra en Italia por la sucesion de Mantua, disputada al duque de Nevers por la Saboya y por España. Agitóse todo el país; el rey pasó triunfante dos veces los Alpes. Hasta Richelieu se mostró cubierto con la armadura. Por último, los tratados de Cherasco y de Mil Flores pusieron fin á las hostilidades, asegurando el ducado de Mantua á los príncipes de Nevers, y quitando á la Saboya el Pignorol, que abria á los franceses un acceso á Italia.

Carlos I de Inglaterra habia enviado como embajador á la córte de Francia á Buckingham, su favorito. Este señor, magnífico y galante, osó mostrarse enamorado de la reina, y fué despedido, rompiéndose las negociaciones. Para vengarse Buckingham, excitó á su soberano contra la Francia, y de aquí resultó la tercera guerra contra los hugonotes. Habíase sublevado la Rochela, su último baluarte, confiando en la ayuda de la Inglaterra. Guiton aceptó allí el mando á condicion, dijo, de que le fuera lícito clavar su puñal en el corazón del primero que hablara de rendirse, y de que hicieran con él lo mismo, si proponia capitular. Mientras duró la guerra, permaneció el puñal sobre el tapete que cubria la mesa del gran consejo. Richelieu fué en persona á asediar la plaza; pero la nobleza obedecia de mal grado, conociendo bien que una vez libre Richelieu por aquel lado, se volveria contra ella. Se defendieron los hugonotes con un valor sin igual, en medio de los horrores del hambre. Respondiendo, en fin, los ingleses á su llamamiento, se adelantaron para socorrerlos; pero no obraron con bastante resolucion, y Richelieu, como hizo Alejandro en Tiro, cerró el puerto sobre el Océano por medio de un dique de 4.500 pies de longitud.

Reducidos, por último, á desenterrar los cadáveres para comérselos, y no quedando más

que en número de cinco mil hombres, de veintiseis mil que eran, se vieron obligados á ceder los hugonotes, y hasta Guiton dijo al rey, presentándole las llaves de la ciudadela: *Señor, es más glorioso para nosotros obedecer al rey que ha sabido tomar nuestra ciudad, que lo que es para el que no ha sabido socorrerla.*

Las fortificaciones de la Rochela, que hacia dos siglos protegian la última independencia nacional, fueron arrasadas. Los demas rebeldes fueron apoyados por la España, olvidada de su título de Católica; pero el orgulloso príncipe de Rohan acabó por someterse, y los protestantes quedaron despojados de las plazas de seguridad que Enrique IV les habia concedido, ora por necesidad, ora por generosidad imprudente.

Con este objeto, Richelieu convocó la asamblea de los Notables como para consultar el voto público (2 de Diciembre de 1626). Expuso en su seno el deplorable estado de la hacienda, indicando los medios de remediarlo. Estos consistian especialmente, en abolir los grandes empleos, en redimir los dominios reales vendidos á vil precio; en retener el diezmo de las pensiones, en demoler las fortalezas interiores. Estos eran otros tantos tiros asestados contra la nobleza, que manifestó grave descontento. Pero Richelieu pareció ceder al unánime voto. Sólo en un punto se le contradijo y para eso fué de resultas de un concierto que él mismo habia manejado; porque sobre su propuesta, que propendia á suavizar las penas aplicadas por delitos de Estado, se dirigió al rey una súplica para que no se apartara del rigor antiguo, y Richelieu pudo castigar severamente, ateniéndose al voto nacional.

Ya se habian prohibido los desafios, que una susceptibilidad extremada sobre el pundonor hacia muy frecuentes. Sin embargo, se multiplicaron de tal modo, que en ménos de veinte años se concedieron ocho mil cédulas de indulto á nobles culpables de homicidio. Richelieu hizo ejecutar con todo rigor las penas pronunciadas por la ley, y el conde de la Chapelle, el duque de Bouteville y otros señores de la más elevada categoría, fueron enviados sin piedad al suplicio.

Gaston de Orleans, como hermano del rey, príncipe ambicioso, aunque desprovisto de ta-

lento, se dejó adular por una faccion con la esperanza de alcanzar el trono. Pero el coronel Ornano, su ayo, que le rechazó, fué preso por órden de Richelieu, cuya vigilante mirada no se dejaba sorprender, y no tardó en morir en su prision. Irritado el duque de Orleans, reunió otra faccion que tenia por jefes al caballero de Vendome, gran prior de Francia, y al conde de Chalais; pero descubrióse la trama y el conde fué decapitado, lo que aterrizó á toda la nobleza y desacreditó enteramente al duque de Orleans, cuyo patrocinio fué reconocido como impotente para salvar del cadalso.

Un tribunal especial, compuesto de jueces que tenian por mision conocer de los delitos de monederos falsos y otros crímenes particulares, fué instrumento de las severidades de Richelieu ó de sus crueldades. Tuvo guardias para velar por su seguridad, y el rey le pagó su firmeza respecto de la nobleza y de la reina madre, nombrándole su primer ministro. Algunos cortesanos, que guiados por un momento de desfavor, se habian mostrado sus adversarios (1629), pagaron su atrevimiento para servir de escarmiento á otros, y se regocijó toda la Francia. Aún quedaba Maria de Médicis, cuya presencia acusaba á Richelieu de ingratitud; persuadió el cardenal al rey la detuviese presa; despues favoreció la fuga de esta princesa, que se retiró á Bruselas, cerrándose de este modo ella misma la entrada en Francia.

Gaston de Orleans, que no habia querido reconciliarse con el rey, preparaba la guerra civil en union del duque de Lorena, con cuya hermana se habia casado; pero sus proyectos fueron descubiertos por Richelieu, y como fué á unirse con su madre á Bruselas, ambos fueron declarados reos de lesa majestad.

Enrique de Montmorency, duque y par de Francia, contaba entre sus antepasados cuatro condestables y seis mariscales; era el último vástago de la rama masculina de la ilustre familia de este nombre. Valiente y generoso, habia ganado siendo aún mozo el baston de mariscal en la batalla de Aviano. Resuelto á concluir las discordias escandalosas de la familia real, derrocando á Richelieu, sublevó el Languedoc, adonde acudió Gaston de Orleans con un punado de hombres. Pero los protestantes no le secundaron; tan débiles se hallaban; cer-